

humana, de Hume; entre las lecturas de 1908, está *La educación de la voluntad*, de Payot. Es un arte que debió practicar mucho aquel joven ruso que iba tranquilamente a los salones de la Sociedad ginebrina, de lectura, en la que estaba inscrito como publicista y nacido en 1870. Su nombre, Vladimiro Ulianof, parecía condenado a la obscuridad, y aun hoy se oculta detrás del Lenin con que se ha hecho famoso en el mundo.

M. de Pourtalés hace resaltar el hecho de que la literatura francesa y la Revolución sean las materias predilectas de Lenin. Quizá éste no las diferenciaba. El gusto por Corneille, lo

tenían los hombres del 93; el de Mau-passant, con su visión clara, concreta de la realidad, se avienen del todo con el carácter del gran revolucionario de nuestros días que, en los de Ginebra, en 1905 y en 1908 estaba haciendo sus estudios preparatorios de conductor de hombres y dominador de pueblos.

He aquí una vez más, al hombre de acción formándose lentamente en los libros; al político salvaje, tan diferente de nuestros políticos civilizados, que no llegan a sentir en la vida la necesidad de leer.

E. DIEZ CANEDO

(España. Madrid).

## Optimismo, Idealismo, Patriotismo

Al graduarse los primeros 32 maestros normales (3 varones, 29 niñas) de la ESCUELA NORMAL DE ORIENTE, Santiago de Cuba, el 1º de Oct. de 1920.

Señor Doctor Max Henríquez Ureña.

Santiago de Cuba

Muy estimado amigo:

*Con honda emoción he leído su discurso. No hay en él una sola frase que no honre a Cuba y no demuestre cuanto debe a usted. Ojalá perdure su ejemplo en esa escuela, y el concepto cabal que tiene usted de su objeto y fines siga iluminando el camino de los sucesores de usted.*

*Con mis más finos afectos a toda su familia, me repito su muy amiso,*

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana, 6 de octubre de 1920.

Normalistas:

GRANDE es, sin duda, el acontecimiento que celebramos hoy. Por primera vez en la historia de esta Escuela Normal, rendidos los cuatro años iniciales de sus tareas regulares, y realizadas satisfactoriamente todas las pruebas que la ley exige, un grupo, no escaso, de maestros y maestras acabáis de recibir el diploma que os faculta para ejercer el arduo ministerio de la enseñanza. Después de múltiples afanes y desvelos sin cuento, vais a alcanzar y a palpar, como realidad tangible, el contorno ideal que un tiempo fué el horizonte remoto de vuestras ambiciones. Estáis ante un nuevo horizonte: estáis ante la vida. Hasta ayer, sólo el porvenir era vuestro. Hoy, el presente os reclama.

Y entráis en la vida—pues la primera edad no es sino un pórtico de luz que nos guía a un laberinto de tinieblas—con la sonrisa del triunfo dibujada en los labios. La primavera es vuestra. El mundo circunstancial dijérase que se estremece y canta a vuestro paso, porque lleváis en vuestro seno el entusiasmo y la esperanza.

Para nosotros, los que tenemos la dicha de ser vuestros mentores y amigos, y hemos palpado ya más de una vez las arideces del camino que hoy

empezáis a recorrer, también representáis vosotros un refloreamiento de entusiasmo y de esperanza. Sois legatarios de nuestros ideales y de nuestros anhelos, y por eso vemos en vosotros una prolongación de nosotros mismos. En las carreras de antorchas de la antigua Grecia el lampadóforo que encendía su hachón en el altar de Minerva y corría para entregarlo al sucesor inmediato, nunca miraba hacia atrás: su vista, fascinada por la luz que se alejaba, seguía con ansiedad creciente el proceso de la carrera, y todo su ser se estremecía ante el temor de que la antorcha se apagara antes de llegar a las manos de un nuevo corredor, que a su vez debía emprender la marcha vertiginosa, y entregarlo a otro lampadóforo de los que formaban la interminable cadena al través de la cual había de pasar, de mano en mano, la antorcha sagrada. Uno tras otro, todos seguían con la mirada ansiosa el reflejo de la antorcha hierática, cuya luz no debía extinguirse.

No extrañéis, por ello, la emoción que nos embarga al veros emprender la ruta del porvenir, cuyas sombras habréis de llenar de resplandores con la antorcha sagrada que nosotros hemos puesto en vuestras manos.

En vuestras manos la antorcha no se apagará. Vuestras manos son puras

e incontaminadas, y el fuego de entusiasmo que arde en vuestros pechos juveniles amparará la llama vacilante cada vez que las ráfagas rebeldes intenten robárosla en complicidad con las tinieblas. No os dobleguéis a la adversidad hasta no haber entregado la antorcha en manos seguras, y seguid después prestándole desde lejos el calor de la esperanza con la lumbre de vuestros ojos.

Intrincada es la ruta que habréis de recorrer. Perdonadnos si hasta ahora sólo os hemos dejado sentir alguna vez, al cosechar las flores del jardín de Minerva, la leve punzadura de una espina de rosa. No habéis sentido desgarradas vuestras carnes por las espinas de zarza que encontraréis a vuestro paso. ¡Ay! Acaso haya manos protervas que os tejan con ellas una corona. Si tal fuere vuestro destino, no inclinéis la frente ante el peso que la abrumba: levantadla con estoicismo, que llevaréis en ella la redención.

Estáis en el primer momento del vía crucis, como dijo Hostos en ocasión análoga. Venís de lo ideal, vais a lo real. Soñabais, como Kant, que la vida era belleza: despertáis, y comprendéis que ella es deber.

La vida tiene sus imperativos categóricos, es cierto, pero en el deber también hay belleza. Una vida armoniosa y fecunda es siempre bella. Vuestra misión como educadores no ha de ser ya solamente sentir la belleza, sino crearla con el ejemplo armonioso de vuestra vida y de vuestra enseñanza. Hacer la vida bella, forjando caracteres y conciencias, tal ha de ser vuestra obra.

Quiero deciros que vuestra principal misión no es la de instruir, sino la de educar; y que por encima del fin instructivo de la enseñanza, debéis colocar siempre el fin ético y estético, que es el que hace luminosa e imperecedera la obra del maestro.

No vaciléis, por ello, en comunicar a vuestra enseñanza la esencia del más puro idealismo. La única religión de la república laica es la religión del ideal, "esa religión humana", como dijo Balzac. Esa es, al cabo, la única religión que no ha caído en bancarrota ante los enérgicos postulados de la ciencia contemporánea.

En nombre de la ciencia, enseñad a buscar la verdad. Pero nunca rechazéis, en nombre de la ciencia, el idealismo necesario para la vida. Los pueblos sin ideal son pueblos que se suicidan. Los hombres sin ideal son hombres que se envilecen.

El maestro que afirma que el hombre no ha menester de ideales, porque no es más que un juguete que gira, a impulso de causas ciegas, entre las tinieblas del instinto, no hace sino calumniar la ciencia y negar la persistencia indefinida de la obra de la educación.